

## VIVIR AÚN EN CASA O TENER CASA PROPIA: EMANCIPACIÓN RESIDENCIAL EN ESPAÑA, 1976-2007

**Pau Miret Gamundi<sup>1</sup>**

Centre d'Estudis Demogràfics, Departamento de Geografía  
Universidad Autónoma de Barcelona

**Remisión Artículo:** 5-9-2007

**Palabras Clave:** emancipación, jóvenes, España

**Resumen:** El objetivo de este trabajo es el análisis de la formación del hogar entre los jóvenes en la España en la actualidad, y cuál ha sido la evolución de este fenómeno en el pasado cercano. Para ello se utilizan los datos de la Encuesta de Población Activa (EPA), a través de la probabilidad de no estar conviviendo con los padres en un año dado y utilizando la metodología de construir una cohorte ficticia que se comportara registrando las proporciones encontradas en un año dado.

### 1. INTRODUCCIÓN

Mediante un análisis de las proporciones de residentes fuera de casa de los padres según sexo, edad, momento de observación y cohorte de nacimiento, se constata que los porcentajes encontrados en la actualidad no son tan extraordinarios como normalmente se apunta si se comparan con los registrados en los últimos treinta años. Además, estos indicadores casi nunca se han mantenido estables en el tiempo, ni han tenido un comportamiento lineal, sino cíclico: así, en la evolución del fenómeno durante el período 1976-2006 se detecta una fase de retraso en la formación del hogar seguida de una fase de adelanto experimentada por las generaciones más jóvenes.

Finalmente se analizan una serie de variables independientes que pudieran estar asociadas con el objeto de estudio, ofreciendo paso a paso un modelo empírico de la formación del hogar utilizando la técnica estadística de la regresión logística, desde las variables más importantes (edad, movilidad residencial, sexo...) hasta las que no lo son tanto pero incluyen significativamente (instrucción, relación con la actividad y territorio de residencia). La metodología en este apartado es también transversal, es decir, no se estudia directamente la formación de hogar sino que se asume que los y las jóvenes que no vivían con sus padres en 2007 habían abandonado el domicilio familiar, y su comparación con las características de quienes no lo había hecho (pues aún convivían con los padres) dibuja un modelo de los factores determinantes de la constitución del hogar en España.

---

<sup>1</sup> Persona de contacto Pau Miret Gamundi, correo: pau.miret@uab.es

## 2. INTRODUCCIÓN CONCEPTUAL

El concepto de “emancipación juvenil” es un término poco utilizado en el análisis social a causa de su inherente ambigüedad. Y es que alguien se emancipa si consigue romper el yugo que le une a su situación de extrema dependencia de otro individuo o conjunto de individuos: así se oye hablar de la emancipación de los esclavos o de la emancipación de la mujer de la dominación masculina. Con este significado, un o una joven se emanciparía en cuanto alcanzara a quebrar la dependencia que férreamente le mantenía sometido a unos adultos, normalmente sus padres o tutores: tras este proceso de emancipación juvenil devendría un hombre o una mujer plenamente libre. Por todo ello es mucho más apropiado utilizar el concepto de “transición a la vida adulta”, pues aunque no está exento de problemas tiene unas dimensiones mejor definidas y más de más sencilla operacionalización en el análisis empírico (de ahí su predicamento desde la teoría funcionalista): a saber, despegarse de la juventud e ir progresivamente penetrando en la vida adulta requiere dejar de convivir con los padres (formación del hogar), insertarse en el mercado de trabajo (que abre las puertas a la independencia económica) y eventualmente la formación de un núcleo familiar (Garrido y Requena, 1996; Baizán, 2003). En las sociedades primitivas observada por la Antropología, la transición tenía lugar tras un breve rito de paso, pero en las estructuras más complejas la juventud ha surgido como un extenso período (Freixa, 1999). Por ello, hoy en día, se está en peligro de caer en la trampa adultocrática, definiendo con distinción el mundo adulto según ciertas características y considerando como juventud todo lo que está incompleto, falto de alguna condición, es decir, todo lo que está en proceso de “madurez” (Casal et al., 2004). Y es que la juventud entendida como una fase del curso de vida entre la condición fisiológica “natural” de la adolescencia y el reconocimiento “cultural” del estatus de adulto siempre queda supeditada a la definición que los propios adultos hacen de su condición de adultez.

En particular, aquí se va a estudiar una de las dimensiones de la transición de la juventud al mundo adulto, a saber, la formación de un hogar separado del de la familia de origen, lo que a veces se ha venido en llamar “emancipación domiciliar o residencial”, pues se concibe como el paso de la dependencia de vivir en casa de los padres a la autonomía de vivir separado de estos en una casa propia. En inglés, sin embargo, a esta transición del hogar familiar al hogar propio se le conoce directamente como “*leaving home*” o, más específicamente, “*leaving parental home*”. Pero en lenguas latinas hablar de “dejar la casa de los padres” tiene ciertas connotaciones negativas, casi de radical y definitivo abandono de la familia ante insalvables desavenencias entre generaciones (Miret, 2004). En fin, tampoco sirve este concepto y debemos substituirlo por otro menos propenso a una interpretación tan dramática, como es el que se va a hacer servir aquí: el de “formación del hogar” o de vivir en una “residencia autónoma”.

Se entiende por formación del hogar a la transición desde el estado de convivir con los padres al estado de residir sin ellos, tras el evento de abandonar el domicilio paternal. Con el objetivo de captar este fenómeno, tres son los puentes que se van a cruzar: el primero para dibujar la situación en 2007 en España de quienes conviven en el hogar paterno entre los y las jóvenes, el segundo para presentar la evolución del fenómeno de 1976 a 2006) y un tercero para delimitar un modelo sincrónico de la residencia autónoma en 2007.

### 3. PAUTA DE FORMACIÓN DEL HOGAR EN ESPAÑA, 2007

La fuente de datos que se va a utilizar no permite captar la formación del hogar desde una perspectiva dinámica, pues se trata de una fuente transversal que recoge una fotografía de la situación del fenómeno en un momento determinado en el tiempo. Se trata de la Encuesta de Población Activa (EPA) del primer trimestre de 2007 (últimos datos publicados). La EPA es una encuesta de panel que desde el año 1989 incluye en su cuestionario si los padres o alguno de ellos se encontraban presente en el hogar del individuo entrevistado<sup>2</sup>. El gráfico 1 recoge la respuesta a esta pregunta según grupos de edad: se tomará esta instantánea sincrónica como indicativa de la distribución de supervivencia en casa de los padres de una función que reflejara las probabilidades de formación del hogar por edad en España a principios de 2007. Obviamente no es la técnica idónea, pues ésta sería construir una tabla de supervivencia a partir de los eventos que supone el abandonar el domicilio paterno por primera vez (puede encontrarse el desarrollo de esta técnica y su utilización para el caso de la evolución histórica en España con una encuesta retrospectiva que sí lo permite -Encuesta Sociodemográfica de 1991- en Miret, 2005a), pero no se dispone de ninguna otra alternativa que permita construir estas probabilidades para el caso de España en un período cercano al presente, como es nuestra intención.

En definitiva, se va a utilizar la metodología de la cohorte ficticia, que asume que las proporciones de población conviviendo con sus padres en un momento dado son fruto directamente de las tasas de formación de un hogar autónomo (gráfico 1). Las otras dos series complementarias en esta tabla de supervivencia serían el número relativo de personas que abandonan el hogar (gráfico 2) y las probabilidades de dejar de convivir con los padres (que no se representa aquí).

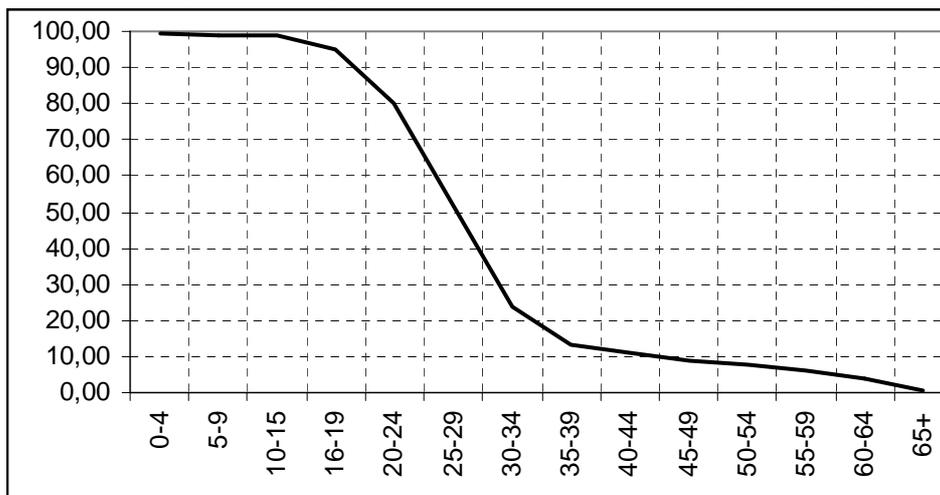
Hasta los 10-15 años toda la población convivía con sus padres (gráfico 1): es natural, pues los 16 años marcaban la edad mínima en que se podía abandonar la escuela y buscar un trabajo que permitiera una cierta autonomía económica; por lo que antes de esta edad se era necesariamente dependiente de los padres o tutores. Tras este umbral legal, a los 16-19 años) un 5% de los españoles habían dejado de convivir con sus padres, una minoría substancial, pero que situaba la edad mínima de formación del hogar para la inmensa mayoría de la población en los 20 años de edad<sup>3</sup>. En efecto, a los 20-24 años, un quinto de la población había formado ya un hogar independiente, así como ya lo había hecho la mitad de la misma a los 25-29 años y tres cuartas partes a los 30-34 años. Pero lo que tal vez pudiera resultar más sorprendente es ese cuarto de la población española que a los 30-34 años continuaba residiendo en casa de sus padres, ajenos a la llamada de la emancipación domiciliar (si es que tal cosa existe). Y también, como no, los recalcitrantes que aún vivían en la residencia paterna cercanos los 40 años, una proporción muy significativa que apuntaba en cierta manera a una juventud artificialmente extendida (otra pregunta en el aire: ¿Quiénes eran?

---

<sup>2</sup> Con anterioridad y mediante la variable de las relaciones de parentesco de la persona de referencia con los otros miembros del hogar también ha sido posible reconstruir quien convivía con al menos uno de sus padres y quien no tenía a ninguno de ellos en el hogar.

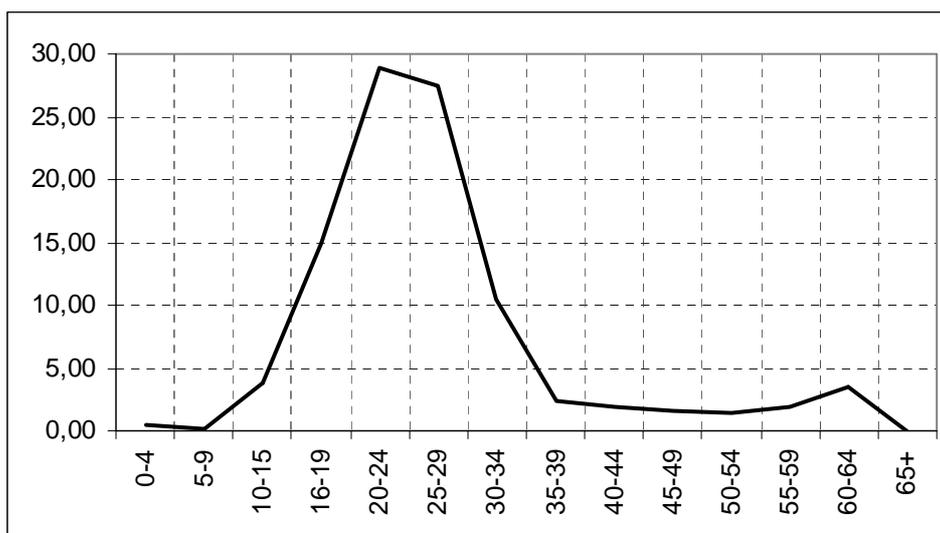
<sup>3</sup> Queda aquí un interesante tema en el tintero: ¿Con quien convivían y qué características tenían este 5% de jóvenes de 16-19 años que residían fuera del domicilio paterno? Desgraciadamente, ésta no será la única pregunta que quedará incontestada.

Gráfico 1. Proporción de población conviviendo con sus padres (%)



Fuente: elaboración propia a partir de la EPA del primer trimestre de 2007

Gráfico 2. Tasas de formación del hogar por edad (%)



Fuente: elaboración propia a partir de la EPA del primer trimestre de 2007

Siguiendo la función presentada en el gráfico 1, el gráfico 2 representa las tasas de formación del hogar según grupos de edad, quedando en evidencia que este fenómeno parte de una primera tasa claramente por encima de cero entre los 10-15 años y los 16-19 años, pues mientras que en el primer grupo de edad nadie en España vivía sin sus padres, en el segundo lo hacía un 5% de la población: es decir, la tasa de formación del hogar entre los 10-15 años y los 20-24 años era del 5%. También se percibe que las tasas de formación del hogar eran desde esta edad mínima más elevadas cuanto mayor era el grupo de edad considerado hasta llegar a la edad modal, los 20-24 años: entre éste y el siguiente grupo de edad constituyeron un hogar un 30% de la población, un porcentaje muy similar al obtenido entre los 25-29 y los 30-34

años. En consecuencia, casi un 20% constituyó un hogar entre los 15 y los 20 años y prácticamente un 60% de la población había formado un hogar independiente entre los 20 y los 35 años. Así, como ya se ha apuntado, a los 30-34 años sólo un cuarto de la población continuaba conviviendo con sus padres y los tres cuartos restantes ya habían constituido un hogar físicamente separado a los mismos. Las tasas disminuían con tesón a partir de este punto etáneo, hasta llegar a un mínimo de un 2% entre los 35-39 y los 40-44 años, de manera que el 13% de la población que a los 35-39 años continuaba conviviendo con sus padres puede considerarse como la intensidad definitiva del fenómeno en España a principios de 2007.

En conclusión, el curso vital significativo en el fenómeno que nos ocupa discurriría desde los 16-19 años hasta los 35-39 años, y si una población formara un hogar tal y como se ha estimado que sucedió en España en 2007, la intensidad final sería del 87% (es decir, un 13% nunca abandonaría el núcleo paternal) y lo harían en promedio a los 26'2 años de edad.

A todo observador no conocedor de la realidad del sur de Europa le sorprende que las tasas de formación del hogar entre los 30-34 años y los 35-39 años fueran tan importantes en España (algo por encima del 10%), incluso también la contundente tasa entre los 25-29 años y los 30-34 años pudiera parecerle abrumadora por lo tardía. Sin embargo, la sociedad española estaba habituada a ellas, tal y como se constatará en el siguiente apartado, que presenta una historia de las proporciones de jóvenes que ya no convivían con sus padres a ciertas edades seleccionadas según sexo.

#### **4. EVOLUCIÓN DE LAS PAUTAS POR EDAD SEGÚN SEXO DE FORMACIÓN DEL HOGAR EN ESPAÑA, 1976-2006**

##### **4.1. Hogar paterno versus hogar propio, niveles por edad**

Esta pauta por edad es distinta según nos refiramos a hombres o a mujeres y ha sufrido una evolución histórica que quisiéramos poner aquí en evidencia (con una plasmación regional característica, tal y como puede comprobarse a escala provincial si se desea en Miret, 2005b y 2006; y se verá en el modelo interpretativo que se presenta en el quinto capítulo de este trabajo). Se va a reflejar en este apartado esta evolución según sexo desde 1976 (los primeros datos que disponemos con la EPA) hasta 2006, la antesala de la situación que se acaba de describir para 2007. Para ello, vamos a representar la proporción de jóvenes que residían en un hogar autónomo a los 25, 30 y 35 años según sexo, desde 1976 hasta 2006 (gráfico 3), con el objeto de describir la evolución coyuntural del fenómeno y establecer si la misma fue diferente en el tiempo según el género considerado.

La segunda mitad de los años setenta recogió los frutos del período de “desarrollismo económico” previo a la crisis económica del petróleo que explotó justo entonces, coincidiendo con la transición democrática (su *tempo* puede verse magistralmente descrito en Garrido, 1993). Una situación que se prolongó desde 1976 hasta 1982 en lo que respecta a la población que ya había dejado de convivir con los padres. Las proporciones de jóvenes que habían formado un hogar se mantuvieron bastante constantes entre 1976 y 1981, y a los 25 años, un 30% de los varones y un 55% de las mujeres habían formado un hogar independiente al de sus padres, una proporción que a los 30 años llegaba al 65 y al 70% respectivamente para

hombres y mujeres, y al 70 y 75% a los 35 años. Éste constituye el punto de partida de los datos aquí presentados.

Seguidamente, durante la década de los ochenta, en especial en su segunda mitad, España experimentó un profundo y continuado retraso en las pautas de formación del hogar, que se reflejó en la caída en las proporciones a los 25 años y que continuó hasta finales de siglo, llegando a un mínimo en la segunda mitad de la década de los noventa, en que los varones de 25 años habían formado un hogar en un 13% y las mujeres de la misma edad en el doble, en un 27%. En general, a lo largo de 1982-1995 los jóvenes se iban de casa cada vez más tarde, de manera que durante el período 1995-2000 se observaron las más altas proporciones de jóvenes viviendo en casa de sus padres: de 1982 a 2000 el fenómeno de constitución del hogar entre los jóvenes anduvo aquejado de una aguda crisis que amenazaba con cronificarse.

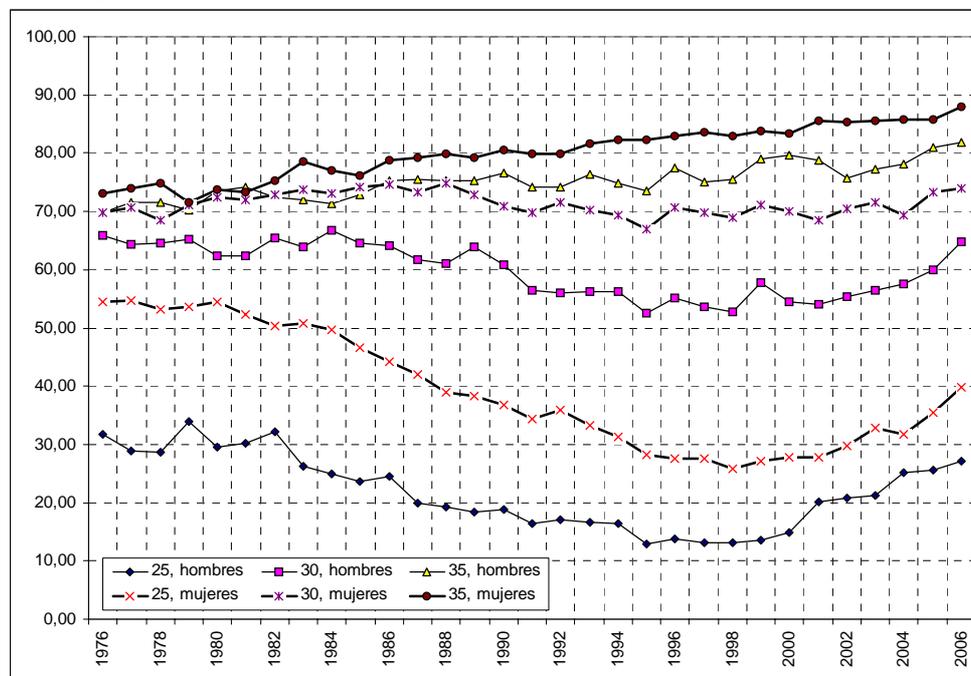
En contraste, en el siglo XXI se evidencia un progresivo adelanto en la formación del hogar, pues las proporciones de jóvenes con hogar autónomo fueron incrementándose paulatinamente, hasta alcanzar en 2006 a los 25 años un 27% en los varones y un 40% en las mujeres: no han llegado a marcar los niveles de mediados de los setenta, pero la tendencia se dirige en esta dirección, aunque pronosticar tendencia sólo a través de la evolución en el tiempo está condenado al fracaso, pues ya se ha visto que esta evolución no es lineal sino cíclica. De hecho, para los varones de 30 años sí que en 2006 la proporción de jóvenes en un hogar autónomo era de un 65%, el mismo nivel que durante el período 1976-81 (gráfico 3).

En resumen, la abrupta caída en la proporción de hombres y mujeres residiendo en un hogar autónomo acaecida a lo largo de la década de los ochenta y durante la primera mitad de los noventa presenta el agudo retraso en la formación del hogar por aquel entonces. Tal vez la recuperación económica que coincidió con la entrada en España a la Unión Europea en 1986 pudiera haber puesto freno a este discurrir, pero este evento fue paralelo a la explosión en el precio de la vivienda y al aumento en los alquileres, lo que puede explicar que no se percibiera ningún efecto positivo en los indicadores demográficos (véase el efecto sobre la nupcialidad en Miret, 1997). Así, hasta 1995 no se puede afirmar que el proceso de retraso en las tasas de formación del hogar entre los jóvenes, que se había iniciado a principios de los ochenta hubiese tocado fondo, un pozo en el que se mantuvo hasta el nacimiento del nuevo siglo, hasta el año 2000. Por el contrario, en la centuria recién inaugurada se apreció un progresivo rejuvenecimiento en las tasas de formación del hogar entre los menores de 25 años, como lo muestra el que las proporciones de jóvenes que a esa edad habían constituido un hogar independiente al de los padres aumentó considerablemente entre 2000 y 2006, del 28 al 40% entre las mujeres y del 15 al 27% entre los varones (como decíamos, lejos aún de las proporciones registrada para las mujeres en la segunda mitad de los setenta, pero no tanto en el caso de los varones). Cabe destacar que la evolución favorable en la economía a principios de ese siglo también se ha visto acompañada por un cada vez más alto nivel en los alquileres y en el precio de los pisos, y aún así se observó un adelanto en la pauta de formación del hogar: ¿Se habían acostumbrado los jóvenes a que los precios de la vivienda estuvieran por las nubes?

El que de 1976 a 2000 debiera hablarse de retraso en la formación del hogar pero no de una crisis del fenómeno en sí lo demuestra el hecho de que las proporciones de hombres y mujeres con un hogar independiente a los 35 años no dejaron de incrementarse durante este intervalo

temporal, y si bien al inicio del mismo a esa edad residían sin sus padres un 73% de las mujeres y un 70% de los varones, estas proporciones eran al final del mismo del 83% y del 80% respectivamente, y siguieron incrementándose más al inaugurarse el siglo XXI (es decir, esta centuria ha traído un adelanto con incremento en la intensidad final en la formación del hogar). Además, la substancial distancia que separaba los porcentajes de población residiendo en casa propia a los 35 años de los detectados a los 30 años da fe de nuevo del retraso en las pautas de emancipación: mientras que en 2006 en las mujeres la distancia era de 14 puntos porcentuales y en los hombres de 17 puntos porcentuales, la diferencia en 1976 había sido de sólo cuatro puntos para ambos sexos. Es decir, hoy en día los padres tenían que esperar largo tiempo para ver a sus hijos viviendo fuera de casa, pero el día llegaba, más bien tarde pero llegaba.

Gráfico 3. Población residiendo sin los padres (en casa propia) a los 25, 30 y 35 años por sexo según año de observación (%), España, 1976 a 2006.



Fuente: elaboración a partir de la EPA, de 1976 a 2006

#### 4.2. Índice sintético de formación del hogar según el año de observación

En la información transversal referente a las proporciones de jóvenes conviviendo en casa de sus padres nos percatamos que la edad mínima en la formación del hogar eran los 16-19 años, pues la totalidad de los menores de 16 años vivían aún con sus padres, y la edad máxima eran los 40-44 años, pues aún entre este grupo de edad y el anterior las tasas de formación del hogar habían sido significativas. También se advirtió que no se estaba tratando con la misma población, pues, obviamente, la gente de una edad dada en un momento histórico determinado no es la misma que la de otros grupos de edad en ese mismo momento (componentes de otras

cohortes de nacimiento). Sin embargo, existe una metodología que permite estimar las tasas de formación de hogar longitudinales a partir de las proporciones registradas en distintos momentos en el tiempo: asumiendo que no se da una afectación significativa ni de las migraciones ni de la mortalidad en los datos transversales de la EPA, la población de un grupo de edad quinquenal determinado coincide con la cinco años mayor cinco años más tarde; por ejemplo, la gente que tenía 20-24 años en 1976 fue recogida en 1981 con 25-29 años. Así, desde 1976 a 2006 se obtienen cinco lustros para los que se puede calcular las tasas de formación del hogar por grupos quinquenales de edad, tal y como se ofrece en la tabla 1. Siguiendo esta metodología, la suma de estas tasas de formación del hogar por edad es un indicador válido de la intensidad del fenómeno durante el lustro considerado, señalando cual hubiese sido el porcentaje de jóvenes que hubiese formado un hogar en un período quinquenal determinado, de seguir una cohorte las tasas registradas durante el mismo, lo que puede denominarse con propiedad "Índice sintético de formación del hogar" (ISFH) o, si se prefiere, "Tasa global de formación del hogar".

De estos datos se desprende, en primer lugar, que la intensidad en la formación del hogar entre hombres y mujeres no era muy distinta, de manera que se puede hablar de buenos y malos tiempos con relación a este fenómeno sin diferenciar entre sexos. De hecho, la evolución que aquí se pasa a relatar es la misma que la dibujada en el anterior apartado, pues se trata de los mismos datos, aunque presentados como flujos dinámicos del período en vez de como estocs estáticos de un momento.

Definitivamente, la formación del hogar que se observó entre 1976 y 1986 fue de reducida intensidad (con un ISFH de casi un 75% para ambos sexos), de manera que si una cohorte ficticia hubiese formado un hogar tal como lo hicieron los y las jóvenes durante esta década, un 25% de ellos y ellas se hubiesen mantenido indefinidamente en casa de sus padres (tal y como reflejaban entonces las proporciones de residentes en el hogar de los padres a los 35 años). Aunque las diferencias en la intensidad al comparar 1976-81 con 1981-86 no fueran grandes (en el período más reciente el ISFH había cruzado el 75%), los cambios en el calendario sí que eran substancialmente importantes: la formación del hogar se estaba retrasando, pues para los hombres las tasas de formación del hogar eran menores antes de los 25 años y mayores tras esta edad, y para las mujeres las tasas eran menores antes de los 20 años y mayores entre los 25 y los 35 años.

Y si la situación podía considerarse por aquel entonces como preocupante en cuanto a las reducidas tasas de formación de nuevos hogares, fue desesperante durante el segundo quinquenio de la década de los ochenta, pues el indicador sintético de formación del hogar no llegó entonces ni al 70%, es decir, si en una cohorte ficticia las tasas de formación del hogar hubiesen sido las registradas en 1986-91, más de un 30% de la población joven se hubiese quedado para siempre en casa de los padres. Además, el proceso social subyacente durante 1986-91 fue una crisis en toda regla, pues las tasas de formación del hogar fueron menores para todos los grupos de edad, con la excepción de los 25-29 años, para la que se mantuvo estable. Sin duda nos encontrábamos ante un problema social de envergadura: un tercio de los y las jóvenes no podían, no sabían o no querían abandonar el domicilio parental para formar un hogar propio. Se precisaba una respuesta contundente, pero no se hizo nada: el acceso universal a las pensiones centraba el interés público y los problemas de la juventud se dejaron a un lado.

Tabla 1. Tasas de formación del hogar por grupos de edad y sexo según período de observación e Índice sintético de formación del hogar (5)

EDAD inicial	EDAD final	1976-1981	1981-1986	1986-1991	1991-1996	1996-2001	2001-2006
<b>HOMBRES</b>							
Menor 16	16-19	0,26	0,20	0,18	0,14	0,33	0,63
16-19	20-24	1,44	1,19	1,07	0,73	1,65	2,67
20-24	25-29	6,94	6,28	5,08	4,73	5,39	6,24
25-29	30-34	4,04	5,12	5,15	6,65	7,39	8,08
30-34	35-39	1,04	1,78	1,29	2,62	3,14	3,45
35-39	40-44	0,91	0,99	0,63	0,98	1,57	1,17
<b>ISFH</b>		<b>73,08</b>	<b>77,73</b>	<b>66,98</b>	<b>79,25</b>	<b>97,32</b>	<b>111,19</b>
<b>MUJERES</b>							
Menor 16	16-19	0,71	0,47	0,30	0,32	0,57	0,96
16-19	20-24	3,84	3,07	2,51	1,74	2,40	4,10
20-24	25-29	6,96	7,14	6,48	6,69	7,01	8,23
25-29	30-34	2,06	2,82	3,21	4,97	5,91	6,98
30-34	35-39	0,91	0,90	0,81	1,61	2,10	2,14
35-39	40-44	0,35	0,98	0,45	0,92	1,18	0,82
<b>ISFH</b>		<b>74,15</b>	<b>76,95</b>	<b>68,81</b>	<b>81,25</b>	<b>95,90</b>	<b>116,10</b>

Fuente: elaboración a partir de las EPAs de 1976, 1981, 1986, 2001 y 2006

Sorpresivamente, ante el desinterés del mundo adulto, se despertó de esta dramática situación a partir de la última década del siglo XX, pues el nivel general en la formación del hogar remontó hasta un 80% durante 1991-96, a un 95% durante 1996-2001 y a más del 100% durante 2001-6. Una generación real nunca podría alcanzar más del 100% (tal y como comprobaremos en el posterior subapartado), pues uno sólo puede formar un primer hogar independiente al de los padres una vez en su vida, lo que significa que a principios del siglo XXI se ha presenciado en España una concentración en el fenómeno de la formación del hogar. Por ende, los componentes por edad indican que se podía hablar de recuperación, pues se incrementó la intensidad para todos los grupos de edad sin excepción, es decir, sin que se diera ni un adelanto ni un atraso en la distribución de las tasas de formación del hogar por edad, sino un aumento general en la intensidad.

### 4.3. Pautas de formación del hogar por generaciones

Con las proporciones de población conviviendo fuera de casa de los padres se puede reconstruir la pauta acumulada por edad de población viviendo fuera del domicilio paternal, pudiendo mostrarse la pauta completa entre los 14 y los 40 años para las generaciones nacidas entre 1962 y 1966, pues la primera tenía 14 años en 1976 y la segunda cumplió los 40 años en 2006 (gráfico 4). Por la gran similitud entre sus pautas se han realizado para los

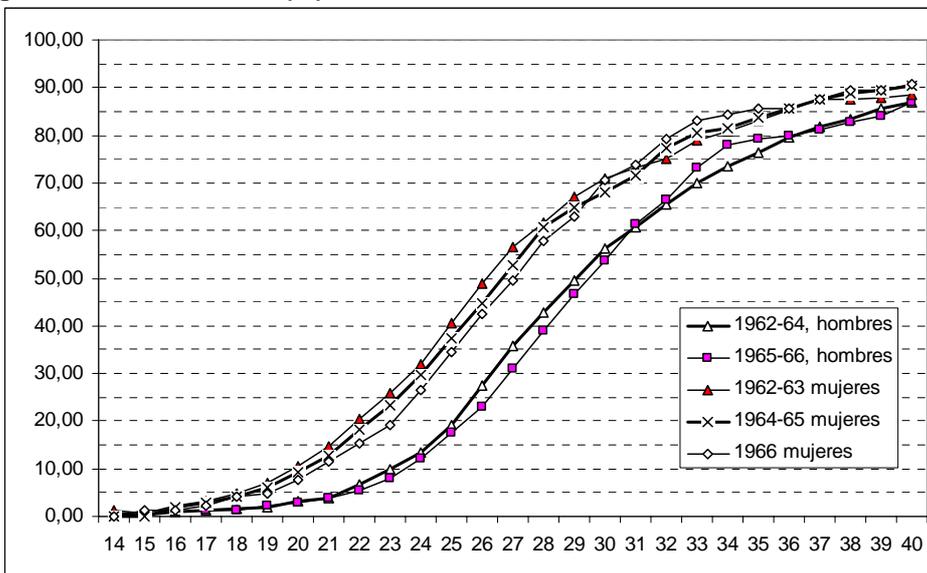
varones dos agrupaciones, 1962-64 y 1965-66, y tres para las mujeres, 1962-63, 1964-65 y 1966. Finalmente, con el gráfico 5 se cierra el círculo que se había iniciado al principio de este apartado: se trata de las proporciones acumuladas de residentes sin sus padres según generación y sexo para algunas edades significativas en el fenómeno estudiado. Las conclusiones son idénticas para unos y otras en los que respecta a la evolución: para las generaciones nacidas en la década de los sesenta, por un lado, la formación del hogar fue cada vez más tardía, siendo las proporciones acumuladas de población residiendo en un hogar autónomo anteriores a los 30 años más reducidas pero mayores las registradas entre los 30 y los 36 años, para acabar en un mismo nivel cumplidos los 40 años. El retraso en el calendario se nos vuelve a presentar, ahora bajo la perspectiva generacional.

Además, la pauta de formación del hogar según género de las generaciones nacidas en los sesenta quedaba claramente dibujada con estos gráficos. La pauta femenina era substancialmente más temprana que la masculina, de manera que puede decirse que las mujeres de los sesenta abandonaron el hogar familiar entre dos y tres años antes que los varones.

De hecho, entre ellos, la formación del hogar era muy minoritaria antes de los 21 años, muy probablemente a causa del freno que suponían el Servicio Militar ante el objetivo en su futuro inmediato de establecerse por su cuenta. Por el contrario, entre las mujeres, no sometidas por motivos obvios a esta presión en particular, la edad de despegue, en que las proporciones acumuladas de residentes fuera del domicilio paterno empezaban a alzarse con firmeza, no era los 22 años como en el caso de los hombres sino los 20 aniversarios (gráfico 4).

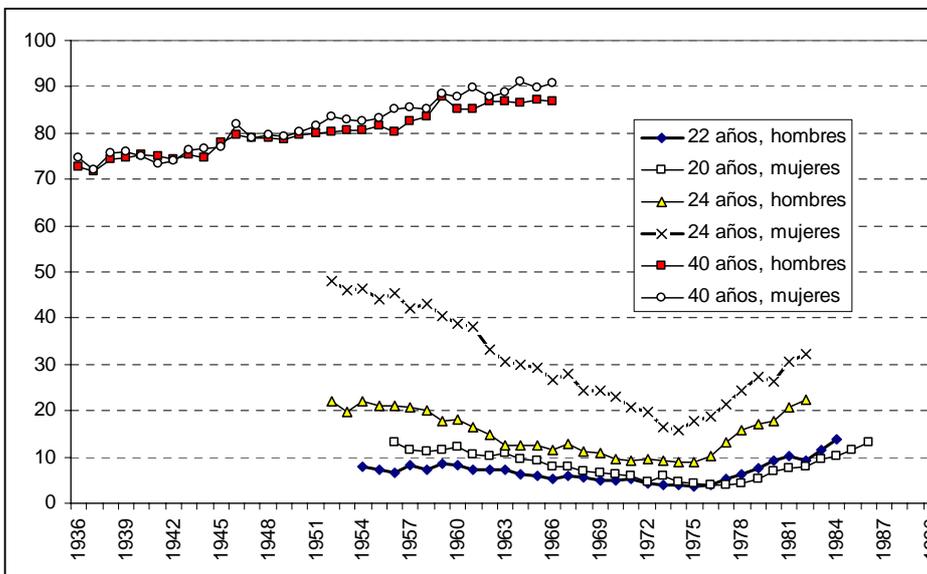
En estas edades mínimas en la constitución del hogar, los 22 años en los hombres y los 20 años en las mujeres, encontramos un claro ejemplo de la evolución cíclica en el fenómeno estudiado (gráfico 5): la proporción de residentes autónomos no dejó de descender a estas edades de las generaciones nacidas en 1960 a las nacidas a mediados de los setenta, desde un 8'5% en los varones y un 12% en las mujeres hasta un 3'5% para aquellos y un 3'8% para estas, es decir, cada vez eran menos quienes habían dejado de vivir con los padres a estas tiernas edades. Pero desde estas últimas generaciones hasta las nacidas a mediados de los ochenta, las proporciones acumuladas de residentes fuera de la casa paterna a los 22 años en los hombres y a los 20 años en las mujeres no ha dejado de incrementarse, hasta superar con creces los indicadores recogidos para las generaciones nacidas con anterioridad a 1960, alcanzando un 14% para ellos y un 13% para ellas: todo un adelanto en el calendario en la formación del hogar para las generaciones más modernas, nacidas con posterioridad a 1975.

Gráfico 4. **Proporciones acumuladas por edad de población residiendo en un hogar autónomo al de los padres, de los 14 a los 40 años según sexo, España, generaciones 1962-66 (%)**



Fuente: elaboración a partir de la EPA, de 1976 a 2006

Gráfico 5. **Proporciones de población conviviendo en hogar autónomo al paterno según sexo y generación, edades seleccionadas (%)**



Fuente: elaboración a partir de la EPA, de 1976 a 2006

Más información en la misma línea: entre los varones nacidos en 1962-64 (gráfico 4) la pauta parecía crecer a una velocidad uniforme hasta los 24 años (alcanzado un 13%), para acelerarse a partir de esta edad mostrando una distribución exponencial estable hasta los 40 años, llegando a esta edad a un 87%, es decir, manteniéndose en casa de los padres definitivamente en un 13%. El porqué de los 24 años como cambio en la pendiente de la pauta cabe buscarlo en la trayectoria escolar de estas generaciones, las primeras que alcanzaron de manera masiva la universidad, que se terminaba normalmente a los 23 años. De hecho, también para las mujeres se apreciaba este punto de inflexión a los 23 años, aunque el mismo estaba tanto más perfilado cuanto más joven era la generación observada, registrándose con gran claridad para las nacidas en 1966 (gráfico 4); una evolución coincidente con el cada vez mayor porcentaje de mujeres que acababan con éxito una carrera universitaria. Para ellas el nivel máximo en la distribución de las proporciones acumuladas de población residencialmente autónoma era un poco más alto que el de sus coetáneos, alcanzando un 90%. Con todo, cabe destacar que aducir que estas tardías pautas en la formación de un hogar autónomo se debían a la extensión en la educación superior es una hipótesis inconsistente, pues los indicadores de calendario para las generaciones nacidas en los sesenta estaban para la inmensa mayoría de la población tremendamente alejados de los 23 años. Así, por ejemplo, la mediana (en que la mitad de los jóvenes convivían con los padres y la mitad ya habían formado un hogar propio) se observaba a los 27 años en las mujeres y a los 29 años en los hombres, o el tercer cuartil (75% se habían ido de casa, 25% permanecían allí) no llegaba hasta los 32 y los 35 años respectivamente. A estas edades, nos parece, utilizar los estudios como excusa para seguir en casa era un abuso emocional en toda regla.

El adelanto y la recuperación en la formación de nuevos hogares también se observaba a los 24 años (gráfico 5), edad en que puede suponerse que la inmensa mayoría de la población había acabado los estudios, fueran de la extensión que fuesen; aunque debe tenerse en cuenta que las generaciones más antiguas observadas a esta edad (nacidas a principios de los años cincuenta) aún no habían accedido de manera masiva a la educación universitaria. Con todo, uno de cada cinco varones nacidos en la década de los cincuenta había dejado el domicilio familiar antes de los 25 años, el mismo porcentaje que registrarían los nacidos en los ochenta; unos niveles que contrastan con los registrados para las generaciones masculinas nacidas en 1970-75, que habían dejado de convivir con los padres a esa edad en menos de la mitad, en menos del 10%. Para estas generaciones más jóvenes, la recuperación observada en las proporciones acumuladas de varones viviendo fuera de casa de los padres entre los 20 y los 25 años debía de ser calificada sin reparos como de espectacular, máxime cuando las proporciones de universitarios continuaban siendo muy elevadas. En las mujeres la caída en los niveles de autonomía doméstica a los 24 años para las nacidas entre 1952 y 1974 había sido del 48% al 16%, elevándose este porcentaje hasta el 32% en 1982 (justo el doble del registrado para las generaciones femeninas nacidas ocho años antes): una evolución no tan contundente como la masculina pero que mostraba un cambio de tendencia similar. En nuestra opinión, estos datos refutan completamente el contundente efecto que normalmente se expone de la extensión escolar en la formación del hogar entre los jóvenes, pues los nacidos desde mediados de los setenta en adelante continuaron acudiendo a la universidad en igual medida o más que las generaciones anteriores.

Como indicador de intensidad definitiva se presenta también en el gráfico 5 el porcentaje de población que no residía en casa de sus padres a los 40 años, con lo que puede comprobarse

que los valores registrados para las generaciones nacidas en los 60 deben ser considerados como muy altos en relación con los anteriores: pues para las nacidas hasta 1945 este porcentaje era del 76'5% y las nacidas entre 1946 y 1956 habían abandonado el domicilio familiar a los 40 años en un 80% (algo más las mujeres).

Descrita la evolución en el tiempo, se presentarán a continuación las variables independientes que pudieran estar asociadas con el hecho de convivir con los padres o, por el contrario, de residir en un hogar independiente para España en 2007.

## 5. UN MODELO TRANSVERSAL ESTIMADO PARA LA FORMACIÓN DEL HOGAR EN ESPAÑA, 2007

La Encuesta de Población Activa permite describir con gran detalle las características de quienes se mantenían en casa de los padres en comparación con quienes ya la habían abandonado. Al tratarse de una variable dicotómica, pues o convives o no convives con los padres, se utilizará para discernir el efecto de cada variable independiente la técnica estadística de la regresión logística (si se precisa de información sobre ésta se recomienda acudir a Jovell, 1995), en donde la probabilidad de residir en el domicilio paternal (la variable dependiente) estará en función de un conjunto de variable independientes, que se irán presentando en cuanto vayan siendo utilizadas, entre las que figuran la edad, el sexo o la región de residencia, así como otras relacionadas con la educación o la relación con el mercado de trabajo. El procedimiento no satisface al analista exigente, pues las variables independientes deberían haber sido captadas justo en el momento del curso vital del individuo en que éste dejaba de vivir con los padres, pero ello no ha sido posible: así, todas las variables se refieren al momento de observación, el primer trimestre de 2007.

### 5.1. Edad y movilidad residencial

Entre todas las variables que al final se incluirán en el modelo, la edad es la más importante: cuanto mayor es un individuo, menor su probabilidad de continuar conviviendo con los padres. Ya se ha examinado el efecto de esta variable ampliamente y no se quiere ser redundante, por lo que nada se añadirá al respecto. No obstante, sí que debe anotarse que la edad no actuaba sola, sino que múltiples variables se aliaban con ella para afectar a la probabilidad de convivir en el domicilio familiar: la movilidad residencial es una de las más importantes. De nuevo debemos enfrentarnos a las dificultades en el análisis transversal, pues el indicador de movilidad aquí utilizado es una aproximación a esta variable a través de marcar a las personas que no residían en la misma provincia en la que nacieron, incluyendo, obviamente, a quienes nacieron fuera de España. Sea cual sea el grupo de edad considerado, la probabilidad de convivir con los padres era substancialmente menor para quienes no residían en la misma provincia en la que habían nacido (gráfico 6). Esta afirmación puede parecer una perogrullada, pues es lógico pensar que la formación de un nuevo hogar se encuentre fuertemente asociada a la movilidad residencial y hasta podemos afirmar que la constitución de un hogar autónomo se define como el movimiento desde casa de los padres a una casa propia, aunque éste no deba ser necesariamente interprovincial.

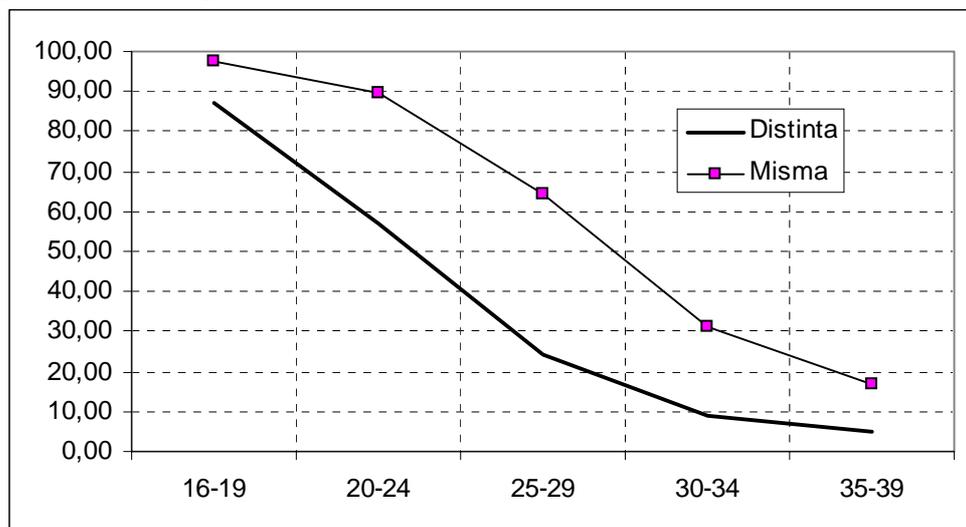
Es éste un tema muy poco analizado y que reviste un gran interés social: ¿Hasta qué punto la formación del hogar supone una movilidad a diferentes escalas geográficas (intermunicipal, interprovincial o mayor)? Una pregunta de investigación que gira las tornas con respecto a las variables dependiente e independiente utilizadas en este documento, pues en ella el objeto de estudio sería la movilidad y la variable explicativa la formación del hogar: pero éste es un tema de investigación distinto al que nos incumbe ahora.

Tabla 2. Efecto de la edad, de si la provincia de residencia es la misma a la de nacimiento y del sexo en la probabilidad de estar conviviendo con los padres, España, 2007, de los 16-19 a los 35-39 años.

	$\beta$	valor de p	$e^{\beta}$
16-19	2,9	0,00	17,4
20-24	1,2	0,00	3,4
25-29	-0,2	0,00	0,8
30-34	-1,5	0,00	0,2
35-39	-2,3	0,00	0,1
reside en misma provincia	0,9	0,00	2,4
es mujer	-0,3	0,00	0,8
Constante	-0,1	0,00	
-2 logaritmo verosimilitud		46.412	
$\chi^2$		25.489	
% mejora		35,45	

Fuente: elaboración propia a partir de la EPA del primer trimestre de 2007

Gráfico 6. Probabilidad de convivir con los padres según si se residía en la misma provincia en la que se había nacido u en otra distinta a la de nacimiento



Fuente: elaboración propia a partir de la EPA del primer trimestre de 2007

Volviendo al nuestro hay que añadir con respecto al efecto de la movilidad residencial sobre la formación del hogar que aquella variable explicativa afectaba de manera algo distinta según el grupo de edad observado, pues la diferencia era mucho más acusada en las edades centrales que en las laterales (gráfico 6): así, por ejemplo, mientras que a los 16-19 años y a los 35-39 años la distancia era de 10 puntos porcentuales, a los 25-29 años la misma era de 40 puntos porcentuales. Ello justificaría de por sí la inclusión en el modelo explicativo de un factor de

interacción entre edad y la nueva variable, pero sería una complicación del mismo que no es imprescindible (pues la mayor emancipación de quienes no residían en la provincia de nacimiento se daba para todos los grupos de edad analizados), y como se pretende seguir el principio de parsimonia (de la máxima sencillez explicativa), todo lo que no es imprescindible resulta superfluo, por lo que en el modelo (tabla 2) no se ha incluido el factor de interacción entre la edad y la movilidad, expresándose la mayor probabilidad de estar conviviendo con los padres de quienes residían en la misma provincia en la que había nacido con una probabilidad de convivir con la familia de origen 2'4 veces superior a la de quienes residían en distinta provincia, pues en nuestro modelo la categoría de referencia (a saber, residir en distinta provincia a la de nacimiento) tiene un valor estándar de 1 en la probabilidad de estar conviviendo con los padres (tabla 2).

## 5.2. Modelos de género

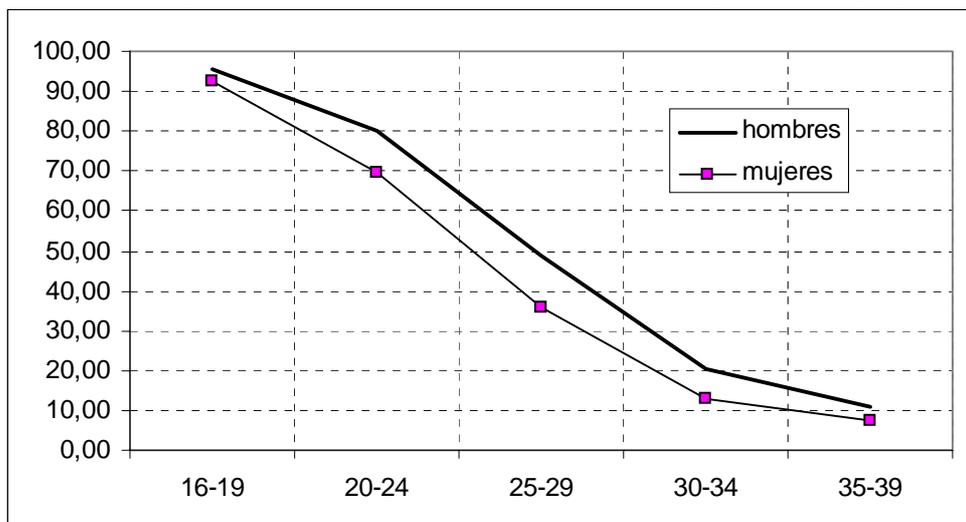
La siguiente variable que aparece en esta construcción paso a paso del modelo explicativo de la formación del hogar está exenta de los problemas derivados del análisis transversal pues, salvo casos excepcionales, es una variable que no cambia con el tiempo, pues con toda probabilidad fue la misma a lo largo de la vida del individuo entrevistado: nos referimos al sexo. Como se aprecia en la tabla 2, las mujeres tenían una probabilidad relativa de convivir en casa de los padres de 0'8, un 20% menor a la de los varones (que era la categoría de referencia, con una  $e^{\beta}$  de 1)<sup>4</sup>.

El gráfico 7 representa el porcentaje de hombres y mujeres que convivían en casa de sus padres por grupos de edad: de nuevo la distancia porcentual era algo mayor en las edades centrales que en las laterales, pues mientras a los 16-19 años y a los 35-39 años eran de alrededor de 3 puntos porcentuales, entre los 20 y los 35 años era de alrededor de 10 puntos porcentuales. No vale la pena, en consecuencia, incluir un factor de interacción entre la edad y el sexo en el modelo final. Si utilizamos la metodología de la cohorte ficticia e imaginamos que una población formara un nuevo hogar experimentando las proporciones presentadas en el gráfico 7, los hombres constituirían un hogar con una edad media de 26'3 años y las mujeres de 24'8 años (una separación de año y medio) y mientras que ellos abandonarían tarde o temprano el hogar de la familia de origen en un 89%, ellas lo harían en un 93%. El porqué de estas particularidades reside fundamentalmente en el tipo de formación del hogar que se da en España en la actualidad, pues se trata de una formación de un hogar familiar a través de la pareja, en gran parte de una pareja matrimonial. Así, la distancia de edad entre los conjugues se corresponde en gran medida con la encontrada en la formación del hogar, y la diferencia en la intensidad se explicaría por la posición algo más favorable en el mercado matrimonial de las mujeres respecto a los hombres (Miret y Cabré, 2005). Pero ésta es otra de las investigaciones que escapan al alcance de este artículo.

---

<sup>4</sup> En realidad en la tabla 2 no se presenta la probabilidad relativa sino la "odds ratio", lo que se traduce en español como "relación de momios". En este caso se trata de la relación entre quienes están conviviendo con los padres y quienes no lo están: en esta relación, si la línea base es 1, las otras categorías de las variables independientes presentan su momio relativo a causa del efecto neto de cada categoría analizada.

Gráfico 7. Proporción de residentes con sus padres según sexo y grupo de edad



Fuente: elaboración propia a partir de la EPA del primer trimestre de 2007

### 5.3 Categoría socioeconómica y nivel de instrucción: el capital humano

La siguiente variable que aparece en el análisis es la categoría socioeconómica. De nuevo, hay que advertir en aras de la claridad analítica y aun a riesgo de resultar pesados que se trata de la categoría construida para la situación del individuo en 2007, no en el momento de la formación del hogar. Sin embargo, se presenta el efecto neto de la categoría socioeconómica sin interferencias debidas a la edad y al sexo de los individuos, pues ambas variables han sido controladas por el procedimiento técnico utilizado, y no se ha encontrado ninguna interacción significativa de la categoría socioeconómica de las mismas, es decir, esta variable actúa de la misma forma en todos los grupos de edad considerado e igual en hombres que en mujeres (tabla 3).

El gráfico 8 muestra las probabilidades relativas de estar conviviendo con los padres según categoría socioeconómica del individuo observado. Aquí la línea base no es una categoría en concreto sino la pauta general, de manera que la primera categoría (empresarios agrarios con asalariados) y la catorceava (resto del personal de servicios) no aparecen significativamente diferentes a la pauta general debido precisamente a que también ofrecen un parámetro igual a 1, el utilizado como estándar.

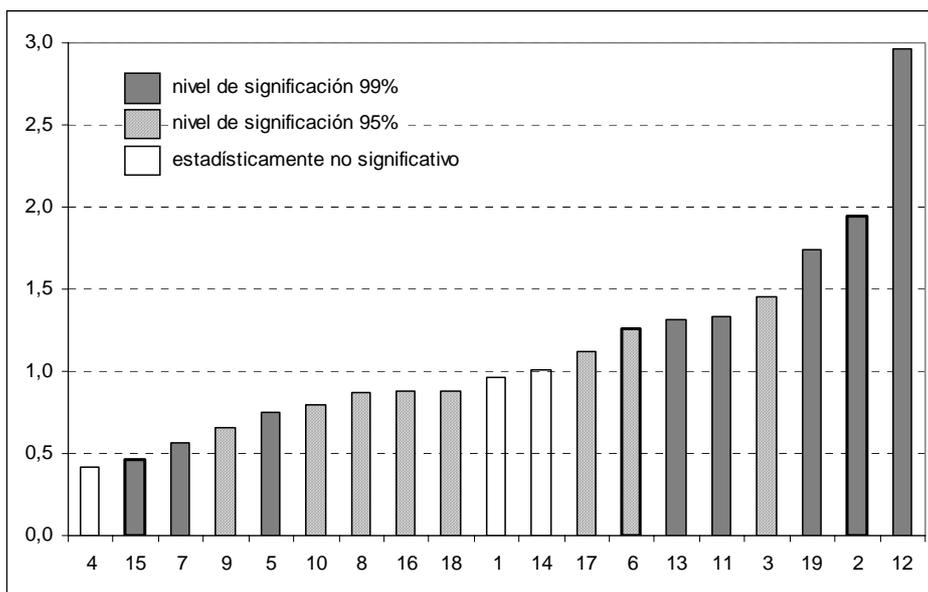
Quien menos probable fue que estuviera conviviendo con sus padres fueron los agrupados bajo la categoría socioeconómica de los “contramaestres y capataces en establecimientos no agrarios” (con una probabilidad relativa respecto a la pauta general de 0’5, es decir, de la mitad de la línea de referencia; véase el gráfico 9), también los “directores y jefes de explotaciones agrarias”, pero su bajo número hace que su coeficiente no tenga la suficiente significación para que puede ser comentado. Bien parece, en consecuencia, que el poder ejecutivo tanto en el campo como en la industria estaba fuertemente asociado con el haber formado un hogar propio.

En el otro polo, los que tenían una mayor probabilidad de estar conviviendo con sus padres eran los y las “profesionales de la administración pública”. Que los funcionarios fueran quienes se quedaran más tiempo en casa de los padres nos sorprende, pues son precisamente quienes tienen mayor seguridad en el empleo. Al ser prácticamente todos los representantes de esta categoría mayores de 30 años conduce a considerar mejor como ejemplo de categoría

con la más alta probabilidad de estar conviviendo con los padres no la que se acaba de nombrar sino la de “empresarios agrarios con asalariados” (gráfico 9), con una probabilidad de residir en el domicilio paterno del doble de la general. La causa más probable de que este grupo sea el de mayor proporción de residentes con sus padres pudiera ser la pervivencia en la agricultura de pautas de familiar troncal, donde el hijo que hereda o heredará la propiedad se mantiene en el domicilio familiar, aun después de contraer matrimonio<sup>5</sup>.

Ambos polos presentan sus proporciones de residentes con la familia de origen según grupo de edad en el gráfico 9, junto con la pauta intermedia ejemplarizada por los “profesionales, técnicos y asimilados (por cuenta propia o ajena), que conforman la nueva clase media (con un coeficiente de 1'3, es decir, un 30% superior a la pauta general).

**Gráfico 8. Proporciones de población conviviendo con los padres según categoría socioeconómica**



Fuente: tabla 3

De esta forma, las categorías socioeconómicas se situaban en un continuo que de mayor a menor probabilidad de convivir con los padres se presentaban en el siguiente listado:

- Probabilidad que dobla al nivel general o mayor: Profesionales de la administración pública y empresarios agrarios sin asalariados
- 50% mayor al nivel general: Miembros de cooperativas agrarias
- 30% mayor: Profesionales técnicos y asimilados (fuera por cuenta propia o ajena) y el personal administrativo y comercial fuera del sector público
- 10% mayor: Trabajadores no cualificados de la industria
- Similar a la pauta general: Empresarios agrarios con asalariados y personal de los servicios no cualificado
- Un 10% menor: Empresarios no agrarios sin asalariados, trabajadores cualificados de la industria y militares
- Un 20% menor: Jornaleros junto con los directores y gerentes de establecimientos no agrarios. Curiosa situación similar entre el proletariado rural y la clase alta asalariada,

<sup>5</sup> También esta hipótesis precisaría de una investigación completa con objeto de ser comprobada o desmentida.

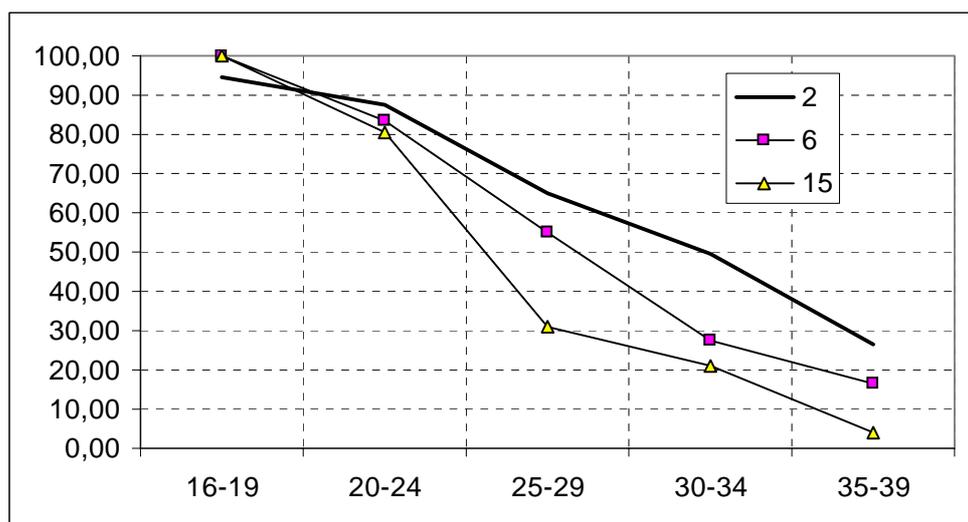
ambos con una probabilidad de estar conviviendo con los padres substancialmente menor al promedio.

- Un 30% menor: Miembros de cooperativas no agrarias
- Un 40% menor: Empresarios no agrarios con asalariados
- Menos de la mitad: Directores y jefes de explotaciones agrarias y contraмаestres y capataces en establecimiento no agrarios

En la EPA, la categoría socioeconómica individual sólo se ofrece, obviamente, para aquellos individuos con ocupación en el mercado de trabajo, para los demás se trata de una variable sin valor asociado: casos perdidos, como se les denomina (en concreto, 35.978 tenían una categoría asociada y 16.095 no). Al estar fuertemente relacionado el no estar clasificado respecto a la categoría socioeconómica y convivir aún con los padres, esta variable deberá ser dejada en la cuneta y no continuar en el avance del modelo. Sin embargo, en la presentación de la próxima variable aún va a ser tenida en cuenta (los gráficos 9 y 10 la incluyen), aunque no lo sea ya más. Además, como se observa en el gráfico 9, el rango de edades en que en España se mostraban con más claridad la diferencia en las proporciones de quien residía aún con los padres al tratar de la categoría socioeconómica era de los 25 a los 40 años, por lo que de momento se va a tratar con estas edades.

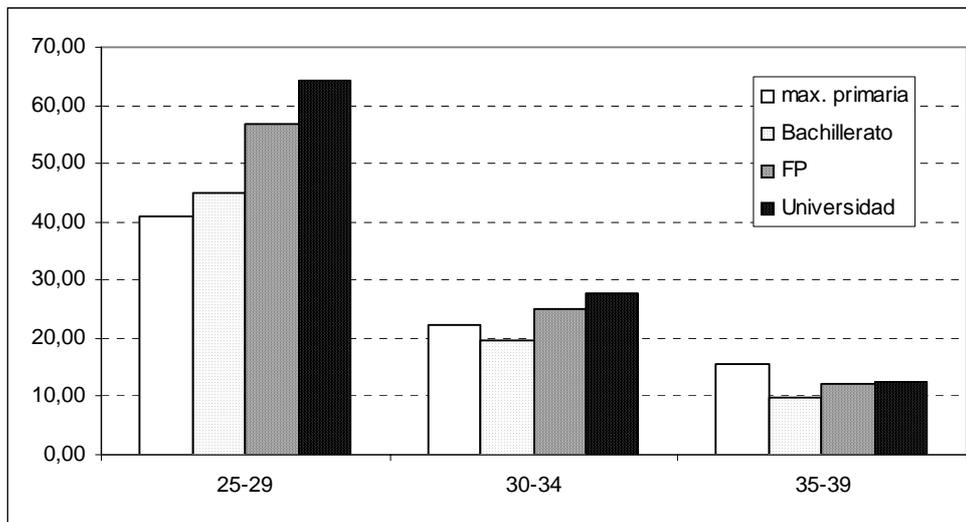
La variable que a continuación se presentará es el nivel de instrucción, que aumenta su poder descriptivo para este rango de edades, pues entre los mayores de 25 años gran parte de la población había ya alcanzado su grado educativo definitivo. La conclusión al respecto no deja lugar a dudas: aunque las distancias no son excesivas, cuanto mayor era el nivel de instrucción de un individuo, mayor su probabilidad de estar conviviendo con los padres, sea cual fuere la edad, el sexo, el indicador de movilidad y la situación socioeconómica considerados. En concreto, si evaluamos la magnitud de las probabilidades de convivir con los padres debidas exclusivamente al nivel de instrucción del individuo (controlada la edad, el sexo y la categoría socioeconómica), podemos ver que si éste era como máximo de primaria eran de un 16%, de un 17% si era de bachillerato, un 18% si era Formación Profesional y, finalmente, de un destacado 23% si se trataba de estudios universitarios (por falta de espacio no se ofrece la tabla que presenta estos valores).

**Gráfico 9. Proporciones de población conviviendo con los padres según grupo de edad, categorías socioeconómicas seleccionadas**



Fuente: elaboración propia a partir de la EPA del primer trimestre de 2007

Gráfico 10. Probabilidad de estar conviviendo con los padres según grupo de edad y nivel de instrucción (controlado por sexo, residencia en distinta provincia a la de nacimiento y categoría socioeconómica).



Fuente: elaboración propia a partir de la EPA del primer trimestre de 2007

Tabla 3. Efecto de la edad, si la provincia de residencia era la misma que la de nacimiento, el sexo y la categoría socioeconómica en la probabilidad de estar conviviendo con los padres. España, 2007, de los 16-19 a los 35-39 años.

	n	$\beta$	Error estándar	valor de p	$e^{\beta}$
Constante	35.978	-0,89	0,08	0,00	0,41
16-19 años	1.620	2,42	0,08	0,00	11,24
20-24 años	6.084	1,18	0,04	0,00	3,24
25-29 años	8.912	-0,08	0,03	0,27	0,92
30-34 años	9.486	-1,35	0,03	0,00	0,26
35-39 años	9.876	-2,17	0,03	0,00	0,11
Misma residencia a la de nacimiento	8.956	0,00		ref.	1,00
Residencia distinta a la de nacimiento	27.022	1,62	0,03	0,00	5,04
Hombres	19.984	0,00		ref.	1,00
Mujeres	15.994	-0,47	0,03	0,00	0,62
1 Empresarios agrarios con asalariados	59	-0,04	0,30	0,78	0,96
2 Empresarios agrarios sin asalariados	349	0,67	0,14	0,00	1,94
3 Miembros de cooperativas agrarias	14	0,37	0,57	0,40	1,45
4 Directores y jefes de explotaciones agrarias	8	-0,88	1,03	0,55	0,41
5 Resto de trabajadores de explotaciones agrarias	933	-0,28	0,11	0,01	0,75
6 Profesionales, técnicos y asimilados por cuenta propia	799	0,23	0,11	0,05	1,26
7 Empresarios no agrarios con asalariados	1.073	-0,57	0,11	0,00	0,56
8 Empresarios no agrarios sin asalariados	1.839	-0,14	0,09	0,27	0,87
9 Miembros de cooperativas no agrarias	139	-0,42	0,22	0,04	0,65
10 Directores y gerentes establecimientos no agrarios	434	-0,23	0,14	0,05	0,80
11 Profesionales, técnicos y asimilados por cuenta ajena	6.367	0,29	0,08	0,00	1,34
12 Profesionales exclusivas administración pública	45	1,09	0,33	0,01	2,96
13 Resto del personal administrativo y comercial	7.250	0,27	0,08	0,00	1,32
14 Resto del personal de los servicios	5.676	0,01	0,08	0,51	1,01
15 Contra maestres y capataces de establecimientos no agrarios	294	-0,77	0,16	0,00	0,46
16 Operarios cualificados no agrarios	7.894	-0,13	0,08	0,34	0,88
17 Operarios sin especialización no agrarios	2.242	0,12	0,09	0,16	1,12
18 Profesionales de las fuerzas armadas	270	-0,12	0,16	0,08	0,88
19 No clasificables por condición socioeconómica	293	0,55	0,16	0,01	1,74

Fuente: elaboración propia a partir de la EPA del primer trimestre de 2007

De todas formas, con estos datos se hace difícil establecer qué es la causa y cuál el efecto, es decir, si se estudia más y por lo tanto se retarda la salida de casa de los padres hasta acabar los estudios, o si debido a una pauta de formación del hogar tardía se extiende el período educativo casi para justificar la larga estancia en la casa de los padres. No obstante, se va a arrojar algo de luz a este dilema analítico con la información que sigue: se trata, para empezar, de la significación de la interacción de la edad con el nivel de instrucción, si se tratara de una espera a dejar el domicilio familiar la proporción de jóvenes viviendo en casa de los padres debiera ser más elevada que la proporción de jóvenes adultos, que hace más tiempo que acabaron sus estudios, y así es en efecto (gráfico 10), pues las extraordinarias diferencias a los 25-29 años se diluyen en gran medida a los 30-34 años y desaparecen a los 35-39 años. En conclusión, un mayor nivel de instrucción influye en un retraso en las tasas de formación del hogar, pero no son una excusa para prolongar la estancia en casa de los padres indefinidamente.

Este hecho complica un poco el análisis a estas alturas del modelo, pues no podemos prescindir de la interacción entre el nivel de significación y la edad del individuo, pues falsearíamos el resultado final. No obstante, las otras variables que se incluían en el modelo (fundamentalmente el sexo) continúan mostrando sus efectos netos, sin interacción con el nivel de instrucción (véase tabla 4).

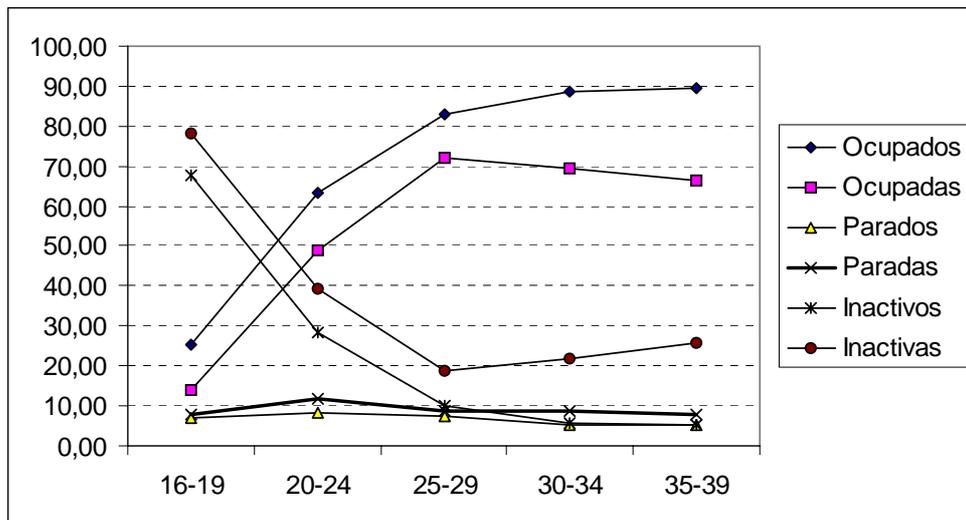
#### 5.4. La relación con la actividad: un modelo distinto para hombres y mujeres

Otras de las dimensiones del concepto de juventud es la relación con el mercado de trabajo, un factor que aquí no se trata dentro de la variable dependiente sino que se incluye entre las variables independientes, tal y como se acaba de ver. Por ello, se presentan a continuación las proporciones por sexo y edad en función de la relación con la actividad y la ocupación (gráfico 11). Estos vericuetos analíticos podrían llevarnos muy lejos, pero avisamos ya que no vamos a ir tanto más allá, pues el tema que ahora se trae a colación también daría en sí mismo para un trabajo completo.

Según los datos de la Encuesta de Población Activa para 2007, el paro afectaba a alrededor de un 10% de la población femenina de entre 16 y 39 años, y a tres puntos porcentuales menos en el caso de la masculina cualquiera que fuera el rango de edades considerado. De los parados que habían trabajado antes sí que se posee la categoría socioeconómica, pero no de los que buscaban un primer empleo, los más jóvenes: de ello se desprende que únicamente podría analizarse con propiedad la categoría socioeconómica para los varones jóvenes mayores de 30 años (para los cuales los casos perdidos en esta variable alcanzaban un 7%), razón por la cual, como se había planteado, esta variable no se incluirá en el modelo final (ofrecido en la tabla 4).

Con todo, las diferencias más interesantes para nuestro objetivo son las que dividen la población entre ocupados e inactivos, pues mientras que la ocupación es superior entre los varones a todas las edades, la inactividad es, complementariamente, mayor entre las mujeres. Además, mientras que podemos asumir que entre ellos se da una ocupación más elevada cuanto mayor era la edad, que indicaría una pauta paulatina de entrada en ocupación, entre las mujeres esta pauta se rompe a partir del grupo de edad 25-29 años: la hipótesis explicativa más plausible es que interfieren entonces factores familiares que hacen pasar a las mujeres a la situación de inactividad bajo la figura de madres de familia con dedicación en exclusiva a la economía doméstica, una vez el permiso de maternidad –si lo hubo– había concluido. Otra hipótesis afirma que las mujeres jóvenes están más en inactividad a causa de la extensión de los estudios.

Gráfico 11. Proporción de población según grupo de edad, sexo y relación con la actividad

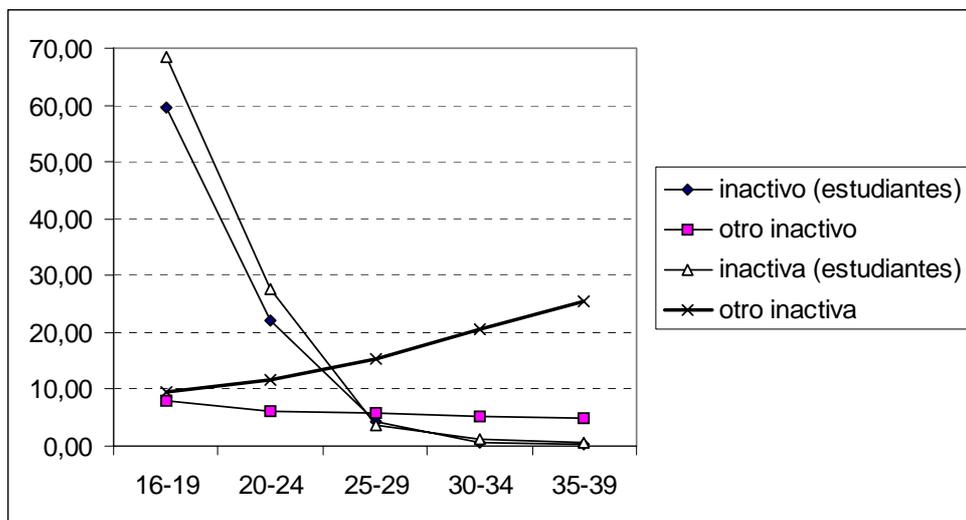


Fuente: elaboración propia a partir de la EPA del primer trimestre de 2007

Para mirar de contrastar las hipótesis planteadas en la interacción entre pauta por edad de actividad y género, se distingue entre la población inactiva que se encontraba estudiando y la que no. Como puede comprobarse en el gráfico 12 bien parece que se estaba en lo cierto. La diferencia en la inactividad entre sexos a los 16-19 años se debía exclusivamente a que las mujeres a esa edad estaban estudiando en diez puntos porcentuales más. En contraste, a partir de los 25 años, la distancia entre sexos se debía en exclusividad a la inactividad fuera del sistema escolar, que mientras que entre las mujeres era mayor cuanto mayor era el grupo de edad considerado (pasando de casi el 10% a los 16-19 años al 25% a los 35-39 años), entre los hombres sucedía lo contrario (desde el mismo porcentaje que las mujeres a los 16-19 años pasaban a un 5% a los 35-39 años). En el intermedio, a los 20-24 años, se percibía una influencia de ambos factores, estudios y familia, pues la diferencia entre hombres y mujeres en la inactividad se debía tanto a la escolaridad (22% de los hombres estaban estudiando frente a un 27% de las mujeres), como a otras situaciones de inactividad (6% frente a un 11% respectivamente).

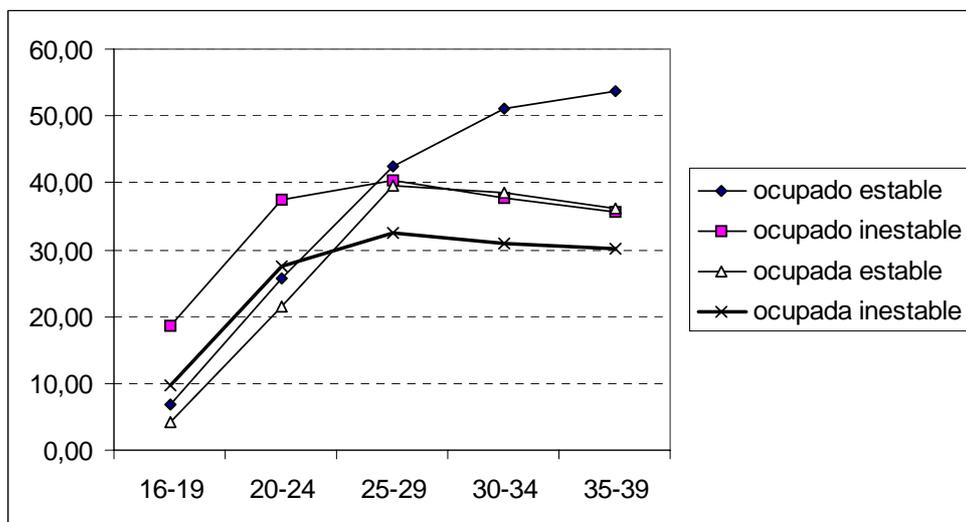
Otra diferencia de género que se ha considerado interesante presentar ha sido recogida a partir de la ocupación "estable" (gráfico 13), que ha sido definida como aquella en que el trabajo era a jornada completa y con contrato indefinido. Se observa aquí que mientras que la ocupación con trabajo estable podía suponerse para los hombres una situación biográficamente cada vez más común, aunque no llegaba ni de lejos a la unanimidad (alcanzando un máximo del 54% de la población masculina a los 35-39 años), la pauta femenina truncaba un recorrido similar a los 25-29 años, pues a partir de esta edad la distribución ascendente en la proporción de ocupadas estables se detenía (un 40% de las mujeres tenían una ocupación estable a los 25-29 años, porcentaje que llegaba a un 36% a los 35-39 años). En contraste, la forma de la distribución según grupos de edad de ocupados no estables por sexo era muy similar, alcanzando un máximo a los 25-29 para ambos sexos, que bien parecía destinado a no ser superado, de casi un 40% en los varones y de algo más de un 30% entre las mujeres.

Gráfico 12. Proporción de población según si se era estudiante o se encontraba en otra situación de inactividad según grupo de edad y sexo (%)



Fuente: elaboración propia a partir de la EPA del primer trimestre de 2007

Gráfico 13. Proporción de población según si tenía una ocupación estable u otro tipo de ocupación según grupo de edad y sexo (%)



Fuente: elaboración propia a partir de la EPA del primer trimestre de 2007

La hipótesis de trabajo sobre la que se parte en la relación entre actividad laboral y formación del hogar dibuja un modelo de gran separación entre géneros, pues mientras entre los hombres sería la ocupación estable la asociada con el residir en un hogar autónomo, entre las mujeres sería la inactividad por motivos no familiares. En efecto, en la construcción del modelo, una vez descartada la interacción de la actividad con la edad por inexistente, el sexo en cambio aparece inextricablemente unido a la variable, por lo que no es posible eludir la interacción entre la relación con el mercado de trabajo y el sexo (véase el modelo final en tabla 4). Aunque la realidad nunca es en blanco y negro, tampoco tiene una escala de grises tan variada: quienes más probabilidades tenían de estar aún residiendo en casa de los padres eran los estudiantes (tanto hombres como mujeres, con una probabilidad del 80% ellos y del 70% ellas),

pero mientras que la mínima probabilidad entre los hombres era para los ocupados estables (un 41%), entre las mujeres era para las inactivas no estudiantes (un 23%). La realidad social aparecía en el fenómeno de la formación del hogar extraordinariamente fracturada por género y la hipótesis formulada al inicio de este párrafo queda sustentada por los datos o, como se dice en estadística, nada se opone a aceptarla como cierta.

Otras conclusiones que se extraen también de la observación de la tabla 4 con respecto a la relación con la ocupación. En primer lugar, mientras que las mujeres insertas en el mercado de trabajo convivían con sus padres con la misma probabilidad (un 34%), independientemente de que su ocupación fuera estable o no o que se encontraran en el paro; entre los hombres esa última situación se asociaba con una probabilidad de vivir con los padres substancialmente mayor a estar ocupado (un 60%), aunque la distancia entre la ocupación estable (41%) y la inestable (46%) era también relativamente reducida, muy probablemente a causa de que se estaba tratando con información transversal, pues creemos que de haber podido observar a los jóvenes varones en el momento de formar un hogar la fuerza de la estabilidad laboral en los varones hubiese sido mucho más importante.

### 5.5. Distribución territorial en los modelos de formación del hogar

La última variable que se trae a colación es la comunidad autónoma de residencia. El lugar donde la probabilidad de convivir con los padres era menor (una vez las otras variables incluidas en el modelo habían sido convenientemente controladas, tal y como puede comprobarse en la tabla 4) era la ciudad de Melilla (con una probabilidad del 42%), una diferencia cultural que sorprende pues está lejos del porcentaje de la otra ciudad africana, Ceuta (que se situaba en una zona intermedia, con un 54%), que suponemos tenía un contexto social y cultural similar. En contraste, la mayor probabilidad se encontraba en Galicia (un 59%), pudiendo explicarse esta peculiaridad por causas de pauta residencial (que en Galicia tiene un fuerte componente "patrilocal", pues es relativamente importante el modelo en que un matrimonio va a convivir a casa de los padres de uno de los cónyuges) o a pautas migratorias (pues los jóvenes que han formado un hogar independientes al de los padres en gran medida ya no residían en Galicia, sino fuera de esta comunidad). Las dos son hipótesis que, desgraciadamente, no podremos comprobar aquí.

Otro grupo representativo con la menor probabilidad de sus jóvenes de convivir en casa de los padres son los residentes en la antigua corona de Aragón (las Baleares, Valencia, Cataluña y Aragón), con un 43-45% de probabilidad. Por otro lado, en Andalucía y Murcia el nivel fue algo mayor, de un 48%. Algo superior, en concreto de un 50%, era el registrado en el País Vasco, Navarra, la Rioja, Madrid y Extremadura. Con un 54-55% se encontraba un grupo territorialmente muy heterogéneo con Cantabria, Castilla y León, Castilla la Mancha y Canarias. Finalmente, junto a Galicia, con la máxima probabilidad de convivir con los padres, se situaba Asturias.

## 6. Conclusiones

Los niveles de hijos conviviendo en casa de sus padres reflejan una pauta de formación del hogar muy tardía entre nuestros jóvenes, pues a los 25-29 años, por ejemplo, la mitad de ellos aún residía con sus progenitores, así como lo hacía una cuarta parte a los 30-34 años, sin que ello pareciera resultar socialmente extraño: de hecho, estos porcentajes llevaban tiempo siendo habituales e incluso hay que decir que el siglo XXI se había despertado con un significativo incremento en las tasas de formación del hogar entre los jóvenes españoles.

Dos hitos parecían incidir la trayectoria biográfica en la formación del hogar de los varones nacidos en la década de los sesenta, el fin del servicio militar alrededor de los 21 años y el

término de la escolarización universitaria alrededor de los 24 años, este último también observado entre las mujeres.

En efecto, la evolución del fenómeno de la formación del hogar en el tiempo mostró un retraso entre 1976 y 1986, una fuerte crisis entre 1986 y 1991 y una progresiva recuperación entre 1991 y 2006. En conclusión, la formación del hogar en España en la actualidad, en comparación con el inmediato pasado, no está en crisis, sino todo lo contrario, y aunque ciertas políticas de juventud (ya fueran de empleo o de vivienda) pudieran mejorar aún más las condiciones, no constituye a escala española un problema social de primera magnitud, como lo debía haber sido en los últimos veinticinco años del siglo pasado.

El adelanto en la formación de nuevos hogares para las generaciones jóvenes en el nuevo siglo desmiente algunas hipótesis explicativas que se dan para este fenómeno: los precios de los pisos y los alquileres no hicieron más que incrementarse con saña, y la escolarización continuaba alargándose y grandes capas de la población alcanzaban niveles universitarios. Sin embargo, un factor demográfico y su repercusión económica constituían una novedad histórica, pues las generaciones más jóvenes habían nacido en un período de muy baja fecundidad, es decir, eran muy pocos, con lo que la oferta de puestos de trabajo era reducida y alta la demanda de los mismos por la fase alcista del ciclo económico que se atravesaba. Nada que ver con la situación de las voluminosas generaciones de los sesenta, que entraron a trabajar a mediados de los años ochenta, pues aunque la crisis de empleo se podía dar por finalizada y aumentaban los puestos de trabajos, eran una barbaridad de jóvenes a repartir. Además, quisiéramos añadir que la alta inmigración en la actualidad no llega en condiciones de igualdad para competir con los jóvenes españoles, sino que se inserta en la base de la pirámide social.

Sin duda, los puentes se cruzan en el momento biográfico que el contexto coyuntural permite o que la sociedad considera que pueden cruzarse, y por ello la edad es el factor definitivo para conocer si el individuo debía estar aún conviviendo con sus padres o debía tener ya una casa propia. Cuando se controla el peso del punto biográfico en el que alguien se encuentra, reluce otra variable que aparece un tanto tautológica: quien mayor probabilidad tiene de estar conviviendo con los pares es quien reside en la misma provincia en la que ha nacido. De esta relación se infiere que la pauta de movilidad migratoria se encuentra fuertemente asociada con la pauta de emancipación residencial. Es éste un factor hasta cierto punto cultural, ya que apuntaría en el sentido de que forma antes un hogar propio quien tiene la posibilidad, la capacidad y el deseo de buscar un espacio más idóneo o propicio para emanciparse residencialmente.

En general, una vez han sido neutralizados los efectos de la edad y de la movilidad residencial, vemos que la formación del hogar es previa en las mujeres que en los hombres, tal y como ha sido desde hace muchas décadas. Esta realidad responde a una pauta cultural tradicional, en que las transiciones del hogar paternal a un hogar propio se realizan entre la inmensa mayoría de la población a través de la formación de la pareja, y ésta se forma, también de manera fuertemente mayoritaria, entre un varón y una mujer algo más joven que él.

La tabla 4 presenta los efectos de la combinación de seis variables independientes para explicar la probabilidad de estar conviviendo con los padres en España en 2007. Sobre ella vamos a elevar las conclusiones a nivel individual al juicio de quien estuviere leyendo. En esta tabla las variables son presentadas en función de su importancia explicativa y mezcladas si su interacción ha sido imprescindible, siendo así la primera variable incluida la interacción de la edad con el nivel de instrucción y la última variable el efecto neto de la comunidad autónoma de residencia en el momento de observación; entre estas dos, por orden, aparecen como factores explicativos si el individuo residía en la misma provincia en la que había nacido y una variable que combina la relación con la actividad y el sexo. Es el modelo explicativo más sencillo que puede ofrecerse con estas variables independientes, y presenta un  $\chi^2$  de 27.876

frente a un valor de menos dos veces el logaritmo de la verosimilitud de 44.025, lo que sitúa su mejora explicativa en un apreciable 38'8%.

En numerosas ocasiones en el análisis sociológico se ha considerado que estudiar más era sólo una excusa en boca de los jóvenes contemporáneos para no abandonar la casa de los padres. En general, las diferencias eran inexistentes antes de los 20 años y después de los 35 años, y a los 30-34 años sólo se observaban entre quienes eran universitarios frente a los que no habían alcanzado este nivel educativo, pues aquellos tenían una probabilidad de estar conviviendo con sus padres cinco puntos porcentuales mayor que estos (tabla 4). Pero entre los 20 y los 30 años se cumplía a claramente la máxima de que cuanto mayor era el nivel de instrucción, mayor el porcentaje de quienes estaban conviviendo con sus padres. Sin duda, la extensión de los estudios supone una prolongación de la estancia en la casa paterna, pero hay que tener en cuenta que siendo estudiantes son muy pocos quienes pueden permitirse abandonarla y formar un grupo doméstico autónomo. En conclusión, es cierto que una mayor educación suponía unas tasas de formación del hogar más tardías, lo cual como se ha apuntado tiene varias explicaciones, pues estudiar más intensamente supone en el contexto español incrementar el tiempo de dependencia de los recursos paternos e iniciar más tarde la búsqueda de recursos propios. Como opinión personal, que la extensión en el hogar paterno haya sido aprovechada para invertir en capital humano es algo altamente positivo desde el punto de vista social.

En el modelo en la relación con la actividad de los jóvenes en España subsiste aún una importante división entre géneros, pues si exceptuamos el desempleo, mientras que en el caso masculino se observa una mayor ocupación y una menor inactividad cuanto mayor es el grupo de edad considerado, esta pauta se rompe en las mujeres a partir de los 25-29 años, en que tanto la proporción de ocupación como la de inactividad se estabilizan. La hipótesis explicativa más probable para este panorama es que a partir de esta edad subsiste para una amplio conjunto de la población un esquema de hogar en que la pareja residente divide el trabajo entre el hombre y la mujer, dedicándose el primero a la búsqueda de recursos a través del mercado de trabajo y la segunda en exclusiva a la economía doméstica: un modelo que afecta en la actualidad a una de cada cinco mujeres de entre 25 y 39 años. A ello hay que añadir que la ocupación a jornada completa y con contrato indefinido también era una situación que entre los varones era mucho más común cuanto mayor era el grupo de edad considerado, pero esta relación se truncaba en las mujeres en la fatídica edad de los 25-29 años, es decir, para ellas no sólo se estabilizaba entonces la proporción de ocupadas sino que también las que lo estaban de manera estable.

Pero no solo la descripción de la estructura del mercado de trabajo entre géneros se presentaba tan contrastada, sino que el modelo de relación entre la misma y la formación del hogar no dejaba lugar a dudas sobre la sociedad en la que residimos. En primer lugar, como ya se había apuntado, ser estudiante estaba fuertemente asociado con convivir con los padres, aunque una parte significativa de los hombres y mujeres estudiantes residían fuera de casa de sus padres, muy probablemente al no haber un centro escolar cerca de donde residían. Por otro lado, mientras que para los varones la ocupación estable era la que agrupaba a un mayor número de jóvenes conviviendo en un hogar independiente al de los padres, entre las mujeres esta situación era para las inactivas no estudiantes, es decir, para las amas de casa: el modelo de hogar con el hombre garante del pan y la mujer proveedora de servicios aún lucía con fuerza en la España contemporánea, sin que se haya llegado a analizar aquí las causas de ello. Más pruebas de esta asociación se infieren al ver que la probabilidad de convivir en un hogar independiente para las mujeres era la misma si estaba en paro, tenía una ocupación a jornada completa y con contrato indefinido o su empleo no cumplía con estas características; en contraste, los hombres en paro eran quienes mayormente residían con sus padres –si exceptuamos a los estudiantes- y la ocupación que no era a jornada completa y con contrato

indefinido también incrementaba ligeramente la probabilidad de convivir aún con los padres respecto a la que sí tenía estas características.

Para acabar, aunque el trabajo deje múltiples frentes abiertos, se ha dibujado un mapa de las proporciones de población conviviendo con sus padres en las distintas comunidades autónomas, por efecto exclusivo de residir en una de ellas, pues los efectos de las otras variables incluidas en el modelo han sido controlados. El rápido paseo por los indicadores construidos señalan la necesidad de potenciar un análisis regional del fenómeno, pues se observaba entre unas y otras una substancial diferencia en la probabilidad que variaba en veinte puntos porcentuales.

Recapitulando, nos encontramos frente a una serie de factores que afectan y han afectado la formación del hogar en España, uno estructural (el volumen de las generaciones), otro coyuntural relacionado con el anterior (la competencia por los puestos de trabajo disponibles en el mercado del primer empleo) y cuatro de tipo individual (la movilidad residencial, el nivel de instrucción a ciertas edades, el modelo económico de género y las pautas territoriales).

En efecto, el camino recorrido además de responder a algunas cuestiones también ha abierto otras y algunos puntos precisan de una investigación más extensa a la aquí realizada. En concreto, nos gustaría en el futuro profundizar entre otros en los siguientes temas: ¿Hasta qué punto la formación del hogar suponen una movilidad residencial intermunicipal, interprovincial o mayor? ¿Hasta qué punto la formación del hogar se corresponde hoy en día con la formación de la pareja y está sometido a las leyes del mercado matrimonial? ¿Se haya el modelo de formación del hogar relacionado con el modelo de división de roles en el interior de la pareja y la incompatibilidad entre la vida familiar y la laboral? ¿Se deben la mayor probabilidad de convivir con los padres de los empresarios sin asalariados y en el norte de España a la pervivencia de pautas de residencia patrilocal o de familia troncal?

Tabla 4. Efecto de la interacción entre edad y nivel de instrucción, si la provincia de residencia era la misma que la de nacimiento, el sexo y la relación con la actividad laboral y la comunidad autónoma de residencia en la probabilidad de estar conviviendo con los padres. España, 2007, de los 16-19 a los 35-39 años.

	n	$\beta$	E.E	Sig.	Prob.
16-19, primaria	5.918	2,51	0,09	0,00	92,46
20-24, primaria	3.842	1,00	0,07	0,00	73,15
25-29, primaria	3.631	-0,38	0,07	0,00	40,50
30-34, primaria	4.294	-1,39	0,07	0,00	19,95
35-39, primaria	5.416	-1,88	0,07	0,00	13,21
16-19, bachillerato	1.315	2,62	0,18	0,00	93,24
20-24, bachillerato	3.032	1,31	0,09	0,00	78,72
25-29, bachillerato	1.649	-0,01	0,08	0,72	49,85
30-34, bachillerato	1.494	-1,23	0,08	0,00	22,53
35-39, bachillerato	1.579	-2,12	0,09	0,00	10,69
16-19, FP	223	2,01	0,26	0,00	88,19
20-24, FP	1.942	1,71	0,09	0,00	84,72
25-29, FP	2.465	0,12	0,07	0,05	52,88
30-34, FP	2.578	-1,26	0,07	0,00	22,18
35-39, FP	2.461	-2,16	0,08	0,00	10,38
16-19, universidad	8	-0,35	1,04	0,63	41,34
20-24, universidad	1.397	1,87	0,12	0,00	86,69
25-29, universidad	3.104	0,59	0,07	0,00	64,34
30-34, universidad	2.989	-1,00	0,07	0,00	26,91
35-39, universidad	2.736	-1,96	0,08	0,00	12,31
reside en misma provincia nac.	12.054	-0,83	0,02	0,00	30,40
reside en distinta provincia nac	40.019	0,83	0,02	0,00	69,60
hombres, ocupados estables	9.908	-0,35	0,03	0,00	41,33
hombres, ocupados inestables	8.941	-0,16	0,03	0,00	46,09
hombres, parados	1.664	0,41	0,06	0,00	60,01
hombres, estudiantes	4.021	1,38	0,10	0,00	79,84
hombres, otra inactividad	1.589	1,06	0,07	0,00	74,17
mujeres, ocupados	7.514	-0,64	0,03	0,00	34,50

estables						
mujeres, ocupados	7.105	-0,67	0,03	0,00	33,84	
inestables						
mujeres, parados	2.358	-0,66	0,05	0,00	34,00	
mujeres, estudiantes	4.550	0,87	0,08	0,00	70,48	
mujeres, otra inactividad	4.423	-1,23	0,04	0,00	22,70	
Tabla 4. Continuación: pautas territoriales						
	n	$\beta$	E.E	Sig.	Prob.	
Melilla	222	-0,31	0,17	0,03	42,27	
Baleares (Islas)	1.357	-0,28	0,07	0,00	42,99	
Comunidad Valenciana	4.561	-0,26	0,04	0,00	43,64	
Cataluña	5.185	-0,25	0,04	0,00	43,72	
Aragón	2.145	-0,20	0,06	0,35	44,93	
Andalucía	9.960	-0,10	0,03	0,00	47,39	
Murcia (Región de)	1.954	-0,07	0,06	0,04	48,13	
País Vasco	2.219	-0,02	0,06	0,18	49,45	
Madrid (Comunidad de)	2.987	-0,01	0,05	0,02	49,76	
Rioja (La)	880	0,00	0,09	0,45	49,97	
Navarra (Comunidad Foral de)	1.184	0,02	0,08	0,85	50,58	
Extremadura	2.120	0,05	0,06	0,28	51,30	
Cantabria	1.259	0,14	0,07	0,00	53,53	
Ceuta	224	0,14	0,17	0,45	53,57	
Castilla y León	4.621	0,18	0,04	0,00	54,38	
Canarias	2.803	0,18	0,05	0,00	54,58	
Castilla La Mancha	3.860	0,20	0,05	0,00	55,08	
Asturias (Principado de)	1.229	0,24	0,07	0,00	56,00	
Galicia	3.303	0,35	0,05	0,00	58,76	
Constante		0,10	0,06	0,00	52,49	
-2 logaritmo de la verosimilitud			44025			
$\chi^2$			27.876			
			38,77			

Fuente: elaboración propia a partir de la EPA del primer trimestre de 2007

## Bibliografía

Baizán, P. (2003) "La difícil integración de los jóvenes en la edad adulta", Documento de trabajo 33/2003, Fundación Alternativas.

Casal, J., García, M., Merino, R. y Quesada, M. (2004) *Enquesta als joves de Catalunya 2002*, Barcelona, Generalitat de Catalunya, Departament de la Presidència, Secretaria General de Joventut, Colección *Estudis*, n. 13.

Freixa, C. (1999), *De jóvenes, bandas y tribus*, Barcelona, Editorial Ariel.

Garrido, L. (1993) *Las dos biografías de la mujer en España*, Madrid, Instituto de la Mujer.

Garrido, L. y Requena, M. (1996) *La emancipación de los jóvenes en España*, Madrid, Instituto de la Juventud.

Jovell, A.J. (1995) *Anàlisis de regresión logística*, Madrid, CIS, colección cuadernos metodológicos.

Miret, P. (1997) "Nuptiality patterns in Spain in the eighties", *GENUS*, Vol. LIII, n.3-4.

Miret, P. (2004) *Emancipació domiciliària, laboral i familiar dels joves a Catalunya*, Barcelona, Generalitat de Catalunya, Departament de la Presidència, Secretaria General de la Joventut, colección Aportacions, n. 25, 48 pàgs.

Miret, P. (2005a) "Irse de casa: análisis longitudinal de la emancipación residencial en España durante el siglo XX", *Revista de Demografía Histórica*, XXIII, II (2005), pp.111-137.

Miret, P. (2005b) "Pautas territoriales en la emancipación juvenil en España, cohortes de nacimiento 1924-1968", a *Papeles de Geografía*, n. 41-42 (2005), pp. 161-176, Universidad de Murcia.

Miret, P. (2006) "Escolarización, mercado de trabajo y emancipación familiar en España: un análisis longitudinal a escala de Comunidad Autónoma", *Papeles de Geografía*, Universidad de Murcia, n.43, pp.73-92.

Miret, P. y Cabré, A. (2005) "Cohortes decrecientes e inmigración como factor de cambio en los mercados matrimoniales españoles", *Revista de Estudios de Juventud*, n. 67 (diciembre, 2004), número especial sobre Parejas y formas de convivencia de la juventud, págs. 55-70.

